

EL ROL INTELECTUAL DEL COMUNICADOR ¿QUÉ HACEN LOS POSGRADOS LATINOAMERICANOS?

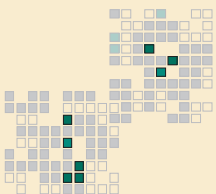


Entrevista a Jesús Martín-Barbero

■ Por Óscar Bustamante Farías

Chileno. Profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad La República y del Magíster en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de La Frontera. Maestro en Comunicación por el Iteso de Guadalajara, México.

■ El español Jesús Martín-Barbero, que vive en Colombia desde 1963, es uno de los más importantes investigadores de la Comunicación de América Latina. Completó sus estudios de doctorado en Filosofía en la Universidad de Lovaina y de posdoctorado en Antropología y Semiótica en París. Ha sido profesor visitante de la Cátedra Unesco de Comunicación en las Universidades de Puerto Rico, Autónoma de Barcelona, São Paulo y en la Escuela Nacional de Antropología de México. Fundó el Departamento de Comunicación de la Universidad del Valle, del que fue director. Ha sido presidente de Alaic, miembro del Comité de Políticas Culturales de Clasco y miembro del Comité Consultivo de Felafacs. Asesor de las revistas *Telos* (Madrid), *Sociedad* (Buenos Aires), *Estudios sobre Culturas Contemporáneas* (Colima), *Diálogos de la Comunicación* (Lima), *Travesía* (Londres) y *Signo y Pensamiento* (Bogotá). Actualmente es profesor en la Universidad Javeriana de Bogotá e investigador del Iteso em Guadalajara, México.



Entonces la primera frontera a afrontar es la estrechez del campo de la investigación en nuestras universidades y en la enorme dificultad que se tiene para transformarlas en verdadero lugar de producción de conocimiento y no sólo de transmisión.

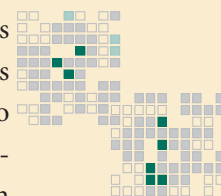
Pregunta: Tú dices, en *Oficio de cartógrafo*¹, “los que trabajamos en la doble frontera de la comunicación/cultura y la investigación/docencia, nos vemos doblemente expuestos a un montón de mal entendidos. De un lado, parecería que no hay forma de tomarse en serio la cultura sin caer en el culturalismo que deshistoriza y despolitiza los procesos y las prácticas culturales. Del otro, pensar la comunicación desde la cultura implicaría salirse del terreno propio de la comunicación, de su ámbito teórico específico. Pero si nos estamos planteando esos malos entendidos no es para resolverlos académicamente, sino para poder pasar del problema de la legitimidad teórica del campo a una cuestión distinta, la de su legitimidad intelectual. Esto es la posibilidad de que la comunicación sea un lugar estratégico desde el que pensar la sociedad y de que el comunicador asuma el rol de intelectual”. ¿Qué dificultades presenta trabajar en la frontera inves-

tigación/docencia?

JMB: De entrada y, con honrosas excepciones, los sujetos de aprendizaje que forman los estudios secundarios no es gente para hacerse preguntas, para problematizar la realidad y por lo tanto la universidad se ve forzada en buena medida a prolongar esa relación exterior con el conocimiento. Y por su parte en nuestras universidades hay una ausencia muy fuerte de lo que podríamos llamar cultura investigativa tanto en términos de mentalidad como de capacitación, así que en la mayoría de los casos los profesores hacen lo que pueden, pues ni hay una estructura que exija investigar, ni se dispone de tiempo real para hacerlo, ni se proporcionan recursos y modalidades de evaluar resultados. Entonces la primera frontera a afrontar es la estrechez del campo de la investigación en nuestras universidades y en la enorme dificultad que se tiene para

transformarlas en verdadero lugar de producción de conocimiento y no sólo de transmisión.

El segundo tipo de dificultades, más específicas al campo de la comunicación, ha tenido que ver con el hecho de que cuando en América Latina comienza la investigación de comunicación esta se va a ver recortada por el carácter eminentemente pragmático/profesional de la mayoría de las escuelas de comunicación, los departamentos, las facultades, que están apenas emergiendo desde las tradicionales Escuelas de Periodismo. Cuando América Latina pone la investigación en el campo de la comunicación se topa con el boom inicial de un campo profesional cuyo objeto—la comunicación, los medios—estaba adquiriendo una dinámica de muy alta velocidad tanto en el plano de los procesos sociales como de las figuras profesionales. En los primeros años de los 70, cuando yo entro en el Campo de la Comunicación, la concepción estaba bastante mar-



El rol intelectual del comunicador choca con dos tipos de malentendidos, y ambos provienen de la caracterización dualista de esas figuras, que no ve en el intelectual sino la dimensión crítica y en el comunicador la de una práctica uncida simplistamente a saberes mayoritariamente técnicos.

cada por la gente que había llegado de estudiar de Estados Unidos o de Europa, y que traían una visión funcional-desarrollista o su opuesta, una crítica semio-marxista. La posición de izquierda supo tomar la delantera en la investigación, pero al plantear una visión bastante doctrinaria hizo, por ejemplo, que desaparecieran de la investigación en comunicación los modos en que el espacio nacional media la apropiación socio-cultural, y hasta política, de los medios. Pues que lo verdaderamente importante era analizar la ideología dominante, y ella era la misma en Chile que en Colombia en Brasil, ¿qué papel podía quedarle a la diferencia entre países? Con otra dificultad añadida: la de cómo entonces, traducir en proyectos de investigación lo comunicativo cuando su matriz conceptual lo reducía a mera representación ideológica sin anclajes espacios-temporales. En ese sentido la mayor dificultad estribó en formular problemas que fueran realmente de comunicación social y no sólo de reproducción.

Y el tercer ámbito de dificultades se hallaba en cómo articular los procesos de investigación a los de docencia, de modo que la investigación aporte a la docencia, y que ésta retroalimente la investigación proponiéndole

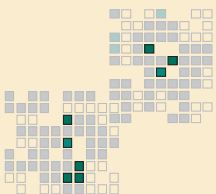
problemas a indagar. Se trata de una frontera más metodológica y política que pedagógica, pues en el fondo lo que ahí está en juego no concierne solamente a lo interno de la universidad sino sobre todo con sus modos de relación con la sociedad, perversamente marcados, de un lado, por esa puntual y paternalista relación que nombra aun la “extensión” universitaria; y de otro por las contradicciones que atravesaron buena parte de la investigación-acción en sus muy frecuentes tendencias al inmediatismo y la instrumentalización doctrinaria del conocimiento y de las propias comunidades. La pregunta es llana pero llena de exigencias: ¿cómo hacer para que la investigación sepa a algo de verdad?, esto es, capaz de moderar lo real para que pueda inducir cambios en la docencia y en el conjunto del trabajo universitario.

Y no serían sólo cambios de contenido sino de horizonte, como por ejemplo el que plantean hoy los nuevos mapas laborales. Mapas laborales que sólo podrán ser pensados desde una investigación muy distinta a la que se limita al horizonte delimitado por los diagnósticos que provienen del mercado laboral. Pues si desconocer ese diagnóstico sería suicida para la universidad, limitarse a él implica

dejar fuera todo lo socialmente imaginable, en el sentido que le da a esa expresión Arjun Appadurai, toda la nueva producción social posible, pero no pensable desde las puras lógicas del mercado.

Pregunta: Quiero devolverme a la cita inicial para plantear lo del rol intelectual del comunicador. Si bien es una idea clave para la licenciatura donde ya has propuesto programas orientados a formar comunicadores mediadores en vez de intermediarios: ¿cómo se insertaría en un postgrado de comunicación ese mismo desafío?

JMB: El rol intelectual del comunicador choca con dos tipos de malentendidos, y ambos provienen de la caracterización dualista de esas figuras, que no ve en el intelectual sino la dimensión crítica y en el comunicador la de una práctica uncida simplistamente a saberes mayoritariamente técnicos. Pero si esa cuestión la planteamos a partir de la crisis del intelectual moderno, tal y como ha sido leída por Beatriz Sarlo por ejemplo, lo que se plantea es qué continuidad, y por qué medios, puede seguir teniendo el intelectual hoy. Dos grandes pensadores como Edward Said y Zygmunt Bauman han documentado en libros escritos a este propósito la envergadura de la crisis que atraviesa la figura



Pues el inmediatez de la intermediación comunicadora refuerza, pero también se alimenta de, el inmediatez de la política y es entre ambos que la sociedad resulta atrapada en el “presente autista” [...]

del intelectual a la vez que ambos otean modalidades de continuidad muy diferentes como es la del francotirador y la del intérprete. Entonces lo que yo me planteo es ¿en qué sentidos el “oficio” que cumplía el intelectual está siendo sustituido por los comunicadores mediáticos? Es evidente que no lo sustituye en lo que ese “oficio” tiene de cuestionador, iluminador y luchador, pero ciertamente lo está sustituyendo en el sentido del intermediario que sigue necesitando la sociedad para darse unas agendas que ordenen y tornen mínimamente inteligible la opaca y caótica situación que atravesamos, y también para intermediar entre gobierno y sociedad, y entre los muy diversos actores sociales dentro de un país. El caso de Colombia es bien ilustrador a este respecto: los comunicadores median a su manera entre guerrilla y Estado, entre paras y sociedad, entre Estado y ONGs. Es decir, la presencia del comunicador en la sociedad proporciona tanto unos mínimos de ordenamiento del caos social, como de interlocución, y –en muy pequeñas pero indispensables– algunas dosis de disenso.

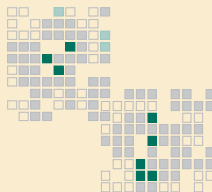
El problema está entonces en distinguir aquello que en el oficio de los comunicadores contradice abiertamente las funciones crítico /

creativas del intelectual, de aquellas nuevas dimensiones de su trabajo en las que podría anclar lo más decisivo de las funciones tradicionales. Y para ello hay que partir de las enormes limitaciones y deformaciones que implica, para los comunicadores en cualquiera de los medios, la concepción hegemónica de la actualidad como la sustancia misma de la información y de la opinión. Pues el inmediatez de la intermediación comunicadora refuerza, pero también se alimenta de, el inmediatez de la política y es entre ambos que la sociedad resulta atrapada en el “presente autista” sobre el que nos ha alertado Norbert Lechner. De ahí que el comunicador deba asumir su mediación como un campo estratégico de tensiones y conflictos, primero, entre el acoso del inmediatez –el fetiche de la actualidad mercantilizada– y la indispensable duración sin la que los hechos pierden su espesor y la información su capacidad narrativa. Segundo, entre la brevedad / levedad / liviandad con que se pretende ganar lectores o espectadores y el derecho a un mínimo de profundidad sin lo que es imposible que la información, la opinión o el debate cultural, logren aportar lo que necesita la ciudadanía para orientarse y poder actuar,

intervenir y participar. Tercero, entre la visualidad mediática que posibilitan la espectacularidad, el escándalo, el morbo –tornando opaca e inaccesible la cotidianidad de la vida ciudadana o cultural– y la visibilidad social que posibilitan unas agendas en las emerjan con rostro propio los diversos actores, los procesos y las prácticas en la desestabilizadora heterogeneidad de sus situaciones y posiciones.

El rol intelectual del comunicador significa eso: un comunicador capaz de asumir su mediación como el ámbito y la tarea por los que en una gran medida pasa hoy la posibilidad de que la democracia –en su indisoluble articulación de lo político con lo social y lo cultural– recobre significación para unas mayorías que se hallan cada día más tentadas por el discurso de los salvadores y los caudillos, y el peligroso debilitamiento de nuestras precarias instituciones democráticas. Creo entonces que esta cuestión remite tanto al pregrado como al posgrado pero debería encontrar en éste último nivel un espacio mucho ancho de dilucidación y debate constante.

Pregunta: Raúl Fuentes define así el campo académico y su pertinencia para la comunicación: “Por campo académico entendemos a bastante



[...] la comunicación es profesionalizable hoy en torno de un generalista –que sabe detectar problemas de comunicación en una institución, en un pequeño municipio o en un barrio, y sabe también diseñar las coordenadas de un proceso incluyendo con qué actores, por qué medios y con que tipo de contenidos [...]

más –de hecho, otra cosa– que el conjunto de instituciones donde se estudia la comunicación a nivel superior. Incluimos en él a la teoría, la investigación, la formación universitaria, y la profesión, y en las prácticas que realizan actores o agentes sociales concretos con el fin de impulsar proyectos sociales como estructuras de conocimiento y pautas de intervención sobre la comunicación social en nuestro país [...]. El campo académico se origina en la carrera profesional que hoy se imparte en más de cien universidades. Ni los posgrados ni los centros de investigación ocupan cuantitativamente un lugar significativo ni cualitativamente un papel central”². ¿Qué opinas de esta definición?

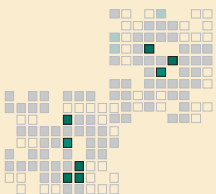
JMB: A lo que se ha tendido normalmente es a identificar el campo académico con lo universitario, y de éste con lo intrauniversitario, mientras la visión de Raúl implica a las profesiones. Ahora, las profesiones adquieren su forma en la universidad aun cuando a lo que la universidad da forma es a algo que proviene de la sociedad. Esto resulta, en el caso de la comunicación, especialmente complejo dado que la comunicación no define una

profesión sino un montón heterogéneo de profesiones. De ahí que la línea de continuidad, con la que se busca enlazar esas profesiones desde las más especializadas hasta las más generalistas, sea una línea tan delgada y tan llena de discontinuidades. Una buena pista para entender la peculiar complejidad de la comunicación en términos seriamente académicos es el que presenta la medicina: por un lado el médico general, el médico de familia que todavía existe, esa especie de chamán y memoria de las enfermedades familiares y sociales en los pueblos pequeños y aun en ciertos barrios urbanos, y por otra el médico especialista que trabaja sólo córneas y con rayo láser, y entre ambos montones de tipos de especialistas, unos más cercanos al generalista y otros a la hiperespecialización médica que un químico o viceversa. Así también la comunicación es profesionalizable hoy en torno de un generalista –que sabe detectar problemas de comunicación en una institución, en un pequeño municipio o en un barrio, y sabe también diseñar las coordenadas de un proceso incluyendo con qué actores, por qué medios y con que tipo de con-

tenidos- y un hiperespecialista que solamente sabe de narrativas publicitarias para el discurso político, o el que sabe sólo de “conversación” radial con adolescentes.

Salirse de lo que normalmente entendemos por lo académico –lo universitario, las escuelas, la investigación– es muy complicado y sin embargo hay que hacerlo. Pues con la comunicación estamos ante una profesión en plena efervescencia y multiplicación de sus figuras, y a la vez ante una profesión que desborda hoy, como ninguna otra, la idea misma de profesión, puesto que la comunicación se ha constituido en una dimensión que atraviesa hoy todas las profesiones, y lo que es el colmo, la comunicación nombra incluso un modelo de sociedad: la “sociedad de la información.

Ante ese caos, no es extraño que haya quienes quieren que el campo académico se defina únicamente a partir de las profesiones en que se concretan los saberes a ejercer. Y ahí emerge con toda su pujante perversión la propuesta –muy ligada al determinismo de la ideología neoliberal- de identificar comunicación con las profesiones, y en forma tal que sea únicamente



[...] un campo académico es a la vez, pero en sentidos y alcances muy diversos, un campo de conocimiento y de ejercicio profesional, y lo que no puede el primero es reducirse investigativamente al tipo de problema que se plantea en y desde el ejercicio profesional [...]

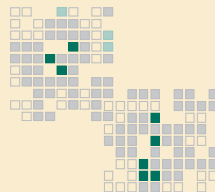
desde ellas desde donde se delimite tajantemente lo investigable en comunicación. Frente a lo cual yo seguiré defendiendo que el campo académico de la comunicación en cuanto campo de conocimiento, y por tanto lo investigable en él, es mil veces más ancho y complejo que lo que recorta el ámbito y el ejercicio profesional, incluyendo el mapa laboral. Pienso que un campo académico es a la vez, pero en sentidos y alcances muy diversos, un campo de conocimiento y de ejercicio profesional, y lo que no puede el primero es reducirse investigativamente al tipo de problema que se plantea en y desde el ejercicio profesional, sin que esto signifique en ningún momento que la investigación se haga de espaldas a lo que pasa en el ámbito profesional y laboral. Pues la vastedad y envergadura de los problemas de conocimiento, y por tanto las posibilidades y necesidades sociales, culturales y políticas, de lo investigable que plantean hoy los procesos, los actores, los medios, las tecnologías, las prácticas y los usos de la comunicación, rebasan por muchos lados el tipo de problema y de saber involucrados en el ejercicio profesional tanto de generalistas

como de especialistas.

Pregunta: También Raúl Fuentes, en una ponencia reciente, señala tres núcleos de reflexión enfocados sobre los Poscom.: a) instancias de impulso a la investigación y la formación de investigadores; b) como espacios sujetos a la tensión disciplinante del campo académico; c) como ámbitos institucionalizados privilegiados para la legitimación social y académica de los estudios de Comunicación. “El campo académico de la comunicación puede no sólo reorientarse para avanzar en su legitimación, para ganar mayor autonomía y poder, sino que podrá generar explicaciones más plausibles y orientadoras de las transformaciones en curso [...] y basar su legitimación en esta competencia académica más que en su competitividad institucional”³. ¿Crees que se estén formando esos agentes en los Poscom?

JMB: Los posgrados en comunicación se encuentran tensionados por dos movimientos que no tienen nada que ver el uno con el otro. De un lado está la maduración del campo académico que se encamina hacia maestrías y doctorados. Sin que ello hable de la calidad, es un hecho que ha habido un desarrollo de la investigación

y de pensamiento propio, lo que está exigiendo otro tipo de espacio académico y de relaciones con la sociedad. Pero, por otro lado, tenemos unas sociedades donde el mero pregrado laboralmente ya no significa mucho y la licenciatura se ha devaluado enormemente. Entonces, mientras desde dentro del campo académico de comunicación se genera una dinámica de crecimiento cuantitativo, y en algunos casos cualitativo, y por tanto de fortalecimiento de la institucionalización de la investigación, por otro lado, se hallan las exigencias del nuevo modelo de sociedad – “de la información” y “de mercado” – que están devaluando los pregrados y transformando las maestrías mismas en ámbitos de actualización y reciclaje profesional incluso en sus más descaradas e instrumentales acepciones. En Colombia el ministerio de Educación acaba de inaugurar pomposamente la existencia de maestrías explícitamente ¡profesionalizantes! Pues en cualquier empresa actualmente, para que alguien llegue a realizar tareas que trasciendan los “trabajos manuales”, tiene que hacer un Master. De ahí a la desaparición de las otras maestrías, las de investigación...



Contamos hoy con nuevas formas de presencia de los temas de comunicación tanto en los diversos espacios en que se investiga la cultura como en los que se estudian, e incluso en los que se formulan, las políticas.

queda bien poco trecho. De hecho en Colombia lo que tenemos son 4 maestrías frente a más de 30 especializaciones, que obviamente pronto se llamarán maestrías.

Y puesto que el acertado modo como Raúl Fuentes entiende los posgrados –espacios para la investigación, la problematización de la capillitas disciplinarias, y la institucionalización de los estudios de Comunicación– es algo ganado por las que aun son en verdad maestrías, y de la mayoría sólo podemos esperar su deriva hacia especializaciones cada vez más rentables profesionalmente a corto plazo. Pienso que ha llegado el momento de dar el paso a potenciar latinoamericanamente los doctorados: ¿por qué no hacer de ellos un espacio estratégico de integración cultural? Para lo cual me atrevo a proponer que la iniciativa debería provenir de las Escuelas de Comunicación que comparten identidades básicas de proyecto socio-cultural-académico y sólo después buscar la legitimación y el apoyo de las instituciones formales de integración como la OEI, el CAB, el Mercosur, etc. Que nadie lea el adverbio latinoamericanamente a la manera provinciana o excluyente pues se trata de todo lo contrario: de buscar –como en el título del libro de N. García Canclini– nuestro lugar en este siglo, y en este

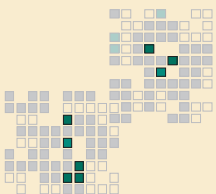
globalizado mundo que habitamos. Pues lo que ahí está en juego no es ninguna ensoñadora u oportunista utopía bolivariana sino la posibilidad de que nuestros países sobrevivan cultural y políticamente. Y del estratégico papel que los estudios de comunicación podrían y deberían jugar en el nuevo aliento que los proyectos de integración, ya no sólo comercial sino política, han cobrado en estos últimos años.

Pregunta: Tú dices en Oficio de Cartógrafo: “La apropiación es la forma en que hemos ido haciendo nuestras las concepciones, los modelos y las teorías. Son los usos y adaptaciones que de ellas hacemos para comprender la especificidad de los procesos y las situaciones de comunicación en nuestros países, y las lecturas desviadas, y a veces hasta ‘aberrantes’, a las que los sometemos para luchar contra la fetichización de los textos y los autores”⁴. Ese dinamismo que le ha permitido al campo su renovación (epistemológica, teórica, metodológica), esa apropiación ¿cómo se podría expresar en el ámbito de los Poscom?

JMB: Yo diría que se ha estado expresando con dos movimientos. Uno, en un aumento significativo de los libros, artículos y revistas, que dan cuenta de la generación

de un pensamiento propio que, ciertamente, no es único del campo de comunicación pero se ha gestado desde él o con su expresa participación. Y que es donde se halla lo más compartido e institucionalizado: la investigación de las interacciones comunicación/ cultural política propiciando el encuentro con la renovación profunda que viven la antropología, la historia y los estudios de la cultura. Con lo que está conllevando de presencia del pensamiento latinoamericano en el mundo y de las interpelaciones cada día más numerosas y explícitas que aquel recibe de éste. Contamos hoy con nuevas formas de presencia de los temas de comunicación tanto en los diversos espacios en que se investiga la cultura como en los que se estudian, e incluso en los que se formulan, las políticas. Hoy ya resulta imposible pensar no sólo políticas culturales sino políticas de desarrollo social sin involucrar a las industrias culturales. La mayor evidencia de un pensamiento propio en este campo es que está dejando de ser identificado con el de informantes nativos para tener interlocución directa con el pensamiento que se hace en Europa o los Estados Unidos.

El otro movimiento que caracteriza a la institucionalización latinoamericana de nuestro campo,



La heterogeneidad de los posgrados, y de las situaciones sociales y profesionales en las que emergen y las que responden, es tan grande que cualquier generalización sería injusta o caricaturesca.

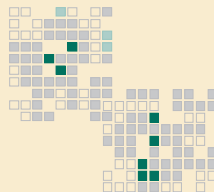
su estallido que responde tanto al grado de complejización logrado como a la desigualdad de esa institucionalización en los diversos países. Lo que se evindecía en las tensiones que atraviesan tanto Alaic como Felafacs justamente cuando el crecimiento del campo vive claramente el desgarramiento entre lo cuantitativo y lo cualitativo. El campo se vuelve más complejo a la que vez se dispersa. Pues al ganar un enorme peso en el nuevo modelo de sociedad y entre los grandes agentes de la globalización, las relaciones entre Comunicación e Información se tornan más complejas y hasta contradictorias, produciendo rupturas y realinderamientos inevitables. Pero habría que saber al menos distinguir entre las tensiones y conflictos producidos por los diversos modos en que se procesa conceptualmente la complejidad creciente del campo, de aquella otra proveniente de la disfrazada cooptación que ejerce el mercado sobre nuestras escuelas, departamentos o facultades, a través de sus también muy diversas maneras de involucrarse, y que van desde el manejo de los recursos para la investigación hasta la oferta de Programas Internacionales de Acreditación para nuestros planes de estudios.

2. Sistemas de educación superior y desafíos de la universidad

Pregunta: Pasando al tema de los sistemas de educación superior, veo que en un informe de la Unesco (1995) se consigna que la matrícula en Educación Superior (ES) en América Latina y el Caribe subió de 2 millones en 1970 a 8 millones en 1991, existiendo dos agravantes ligados a la desigualdad de acceso: primero, que vista esa matrícula en términos de estudiantes por 100 mil habitantes, el promedio de la región es cuatro veces menor que en los países desarrollados donde la cantidad varía entre los 5 mil y los 2 mil 500 estudiantes; y segundo, que esa matrícula está concentrada en carreras de “tiza y pizarrón”, de poca inversión para las instituciones. Se puede concluir entonces que la ES sigue siendo un “asunto de pocos” y más aun lo es el Poscom. ¿Crees que habría una relación inversamente proporcional entre el número de estudiantes en Posgrado y la responsabilidad social de los programas?

JMB: La heterogeneidad de los posgrados, y de las situaciones sociales y profesionales en las que emergen y las que responden, es tan grande que cualquier generalización sería injusta o caricaturesca. Pero diferenciamos planos. Primero, mirando a la calidad

de la oferta, ligada especialmente al nivel de preparación y dedicación de los profesores, lo que se hace más visible es el tamaño del desnivel entre unos pocos posgrados verdaderamente de elite y una mayoría de mediocres e incluso de no pocos que son una auténtica estafa a los estudiantes y a la sociedad en la que van a ejercer, pero cuya responsabilidad corre tanto o más a cargo de los órganos de vigilancia y control de la educación superior en cada país, que de las directivas de cada universidad que se aprovechan del inmenso crecimiento de la demanda. Segundo, yo enfocaría las diversas formas en las que el mercado coopta hoy los programas mismos de postgrado, incluyendo los planes de estudio. Pues, como me dijo cierto directivo de un postgrado en Colombia hace ya algunos años: ¿quién mejor que los empresarios de medios de comunicación —que son los que le van a dar el empleo— para saber el tipo de comunicador que se necesita? Y esa trampa se ha ido volviendo aun mucho más deformadora ahora que el mercado delimita por su propia cuenta en modos cada día más tajantes, y sin tener que rendir cuantas a nadie, quien puede ser incluido —empleabilidad es la nueva categoría— y quien va a ser excluido sin apela-



Las universidades siguen identificando un mapa laboral con mercado laboral, y en ello tienen mucha culpa unas Ciencias Sociales incapaces de estudiar innovadoramente la relación entre lo que la universidad forma –esto es,

ción posible. Hay pues que tener en cuenta que para mucha gente una maestría significa la posibilidad de un desempeño profesional medianamente digno, no sólo en términos de remuneración, sino de hacer algo ligado con lo que realmente uno quisiera hacer en la vida.

Pregunta: Te formulo las mismas tres preguntas alusivas al nuevo lugar de la universidad señaladas en un artículo tuyo en la revista *Nómadas*: ¿está la universidad auscultando, pensando, investigando, la complejidad de las relaciones entre los cambios del saber en la sociedad del conocimiento y los cambios del trabajo en una sociedad de mercado?; ¿el papel de la universidad puede y debe ser únicamente el de analizar tendencias –las que marca el mercado en la globalización y el desarrollo tecnológico– para ver cómo se adapta a ellas?; ¿deberá la universidad asumir como tarea propia, estructural y estratégica, hoy más que nunca, la de formular y diseñar proyectos sociales, la de pensar alternativas al modelo hegemónico del mercado? ⁵

JMB: Estas preguntas forman parte de la conferencia con la que inauguré mi participación en la reforma curricular del Iteso, donde

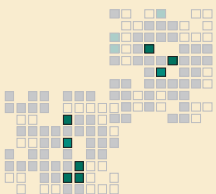
había planteado que ese proceso implica repensar el rol de la universidad, la relación de la universidad con la sociedad y a partir de ahí repensar las profesiones y en último lugar los currículos.

Sobre la primera, creo poder afirmar que, con rarísimas excepciones, nuestras universidades no se están planteando seriamente el tema de los nuevos mapas laborales, de las nuevas relaciones entre saber y profesión, entre saber y poder en términos del saber-que-puede, que abre posibilidades productivas a nuestros países. Saber y poder en términos de reorganización de las relaciones sociales de inclusión y exclusión. En América Latina apenas se inicia el debate pues a las universidades les falta país. Es una de mis obsesiones más fuertes: qué país cabe en el horizonte de nuestros planes tanto de investigación como de estudio. Una de las demostraciones de esto es la ausencia casi completa en las universidades del debate que se ha planteado en, y a propósito de las Cumbres Mundiales de la Sociedad de la Información. En realidad la universidad no se ha enterado. ¡Ni nuestras Escuelas de Comunicación! Curioso que de la Cumbre de Río sobre Biodiversidad se enteraron las universidades,

pues el tema ecológico está en su agenda, pero el de la transformación de la relación entre saber y trabajo, saber y productividad, no está si no en el sentido más crasamente neoliberal.

Las universidades siguen identificando un mapa laboral con mercado laboral, y en ello tienen mucha culpa unas Ciencias Sociales incapaces de estudiar innovadoramente la relación entre lo que la universidad forma –esto es, a lo que da forma– y lo que no sólo el mercado sino nuestras sociedades necesitan. Y así andamos, con una universidad esquizoide: que por un lado habla un discurso completamente retórico sobre la misión de la universidad, mientras su práctica, la práctica de la docencia y la investigación se hallan bien lejos de las demandas sociales y las nuevas figuras profesionales, figuras sobre las cuales la universidad puede incidir, con la legitimación o deslegitimación que hace de ciertos saberes.

Ahora, sobre el concepto de alternativa, una cosa es “lo alternativo” en el restringido sentido que cierto marxismo le daba como radical negación de lo otro, la negación de lo existente, y el sentido que tiene hoy la expresión “crear



La evaluación de los posgrados de comunicación, especialmente en las universidades públicas, es vital para que sepan traducir sus saberes

alternativas” en plural, incluyendo las negociaciones con lo que hay. La universidad, la pública especialmente, tiende todavía a pensar lo alternativo en su totalización radical, haciendo así imposible pensar alternativas posibles, como ciertas innovaciones en lo producible y las figuras profesionales correspondientes.

Pregunta: ¿Qué opinas de los sistemas de evaluación de la educación superior que se han ido desarrollando en América Latina, dentro de los cuales también se incluye progresivamente a los Poscom?

JMB: La evaluación responde a movimientos y tendencias sociales muy diversos. Yo veo aquí varias cosas. De un lado, la evaluación es la otra cara de la planeación que ha obsesionado a los expertos desde el desarrollismo de los años sesentas y setentas. Y en esa línea la evaluación se halla ligada hoy a la competitividad en todas sus modalidades. Lo cual, en países tan dados a la improvisación y la falta de continuidad, significa hoy un desafío a asumir sin escapatórias. Pero otra cosa es el sesgo que ello adquiere al imponer una visión gerencial de lo público. Y frente a lo cual es indispensable la posibilidad de pensar la gestión, y la evaluación, no en términos meramente instrumentales sino

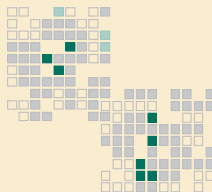
de agencia, esto es de proyecto y de reparto de las decisiones. Y por tanto de democratización frente a la visión verticalista de la administración tradicional. De otro lado, es indudable que la evaluación también responde a una visión de que todo es mensurable, traducible en números, en cifras, obviando así la necesidad de buscar diversos tipos de criterios y barrenos. Lo que tiene que ver con el eficientismo y esa visión productivista que, dice Bauman, es lo más propio del capitalismo actual. Frente a lo que muy sabiamente afirma que lo que está destruyendo montones de empleos no son las tecnologías sino esa visión cortoplacista que tiene su modelo en la alta rentabilidad del capitalismo financiero.

Por lo tanto yo diría sí a la evaluación de los planes de estudio, y del trabajo universitario en su conjunto, pero a una evaluación con clara dimensión social, es decir, en la que lo que está en juego sea la capacidad de las instituciones y programas educativos para asumir las demandas y los procesos de cambio que tienen nuestras sociedades, y no sólo para corresponder a las lógicas impuestas por el mercado. Sin desconocer éstas pero sin limitarse a lo que ellas tienen de efectistas y cuantitativistas. La evaluación de los posgrados de

comunicación, especialmente en las universidades públicas, es vital para que sepan traducir sus saberes a apuestas de país y de sus regiones, de lo más general a lo más local. Hay en los actuales procesos de acreditación de las instituciones, y de evaluación de los programas mucho de democratizador puesto que busca cualificar la educación, luchando así contra exclusiones, desigualdades. Una evaluación eficaz es entonces la que posibilita/exige cambios, corrige situaciones de estafa de la demanda, y eleva el mínimo de nivel en la calidad de lo que se ofrece y las potencialidades que se abren a los alumnos.

3. Escenarios de lo pedagógico

Pregunta: Guillermo Orozco, refiriéndose a una pedagogía crítica de la representación, dice: “En un entorno de creciente protagonismo de los Media en la generación y circulación de conocimiento, lo que está en juego no es sólo la relevancia de las tradicionales instituciones educativas (la Universidad). Está en juego la misma pedagogía como dispositivo de poder, por el cual o se contrarresta el bloque del poder fortaleciendo a la sociedad o por el contrario, se ejerce su control y se inscribe su autoridad en las relaciones sociales [...] Lo pedagógico es central para una transformación social y para



Como dice Fernando Savater, educar es un cuerpo a cuerpo, en el que yo no transmito sino contagio. Claro que esto debe sonar muy anarquista para los rigurosos y ascéticos oídos de los pedagogos “de oficio”.

aspirar a condiciones más democráticas en nuestras sociedades de fin de milenio⁶.

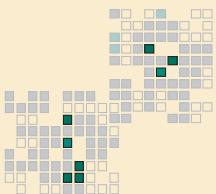
JMB: Tengo una larga historia de peleas con varias Facultades de Educación en las universidades donde he trabajado, precisamente por cuestionar la concepción especialista, separada, de lo pedagógico. Claro que reconozco la existencia del saber pedagógico, lo que no acepto es que se trate de un saber separado por completo de los demás, de los otros saberes ya sean disciplinares o experienciales. Quizá no esté fuera de lugar citar aquí una frase recogida por Juan de Mairena –el pseudónimo de Antonio Machado Cunado escribe en prosa– de la boca de un campesino andaluz: “todo lo que sabemos lo sabemos entre todos”. Y estoy cada día que pasa más convencido de que para este asunto necesitamos recuperar el viejo concepto de vocación, similar al concepto de carisma recuperado por Max Weber para la política moderna, pero quitándole igualmente la dimensión religioso-mágica. Y es que el saber enseñar se halla intrínsecamente ligado a la posibilidad de tener la experiencia del enseñar, y no fuera de ella. Entonces bienvenidos sean los saberes

que iluminen –profanamente (W. Benjamin)– esa experiencia y permitan reflexionarla, pero que nadie se abrogue un saber-en-si del enseñar por fuera de la experiencia y de la situación, esto es de la relación pedagógica, pues resulta tan tramposo como el-saber-en-si del aprender que pretenden poseer hoy ciertos expertos en transmitir competencias como si fueran ¡colecciones de recetas! Y contra lo que me vacunó hace ya muchos años el profesor que, en la secundaria me enseñó Historia de la Filosofía e Historia de la cultura, y a quien debo esta lección: “Autoridad viene de autor. O sea que tiene autoridad quien es autor, y quien no es autor será autoritario. Los autores no se imponen, los autores exponen y se expresan”. Fue desde entonces que entendí algo que ahora resulta inseparable de mi ya larga experiencia docente, que cierto componente teatral hace parte del saber sostener la atención de los alumnos, y por tanto del saber pedagógico, y con mucha más “propiedad” que las taxonomías y las toponimias que se siguen enseñando a los que aspiran a ser docentes. Y ¿en qué Escuelas de pedagogía se enseña ese componente teatral, o el com-

ponente de juego, pero no sólo para maestros de kinder sino de secundaria y universidad? Como dice Fernando Savater, educar es un cuerpo a cuerpo, en el que yo no transmito sino contagio. Claro que esto debe sonar muy anarquista para los rigurosos y ascéticos oídos de los pedagogos “de oficio”.

Pregunta: Tu dices en Oficio de cartógrafo, a propósito de la actitud de dependencia de la investigación: “a nombre del pragmatismo o del oportunismo, las escuelas no sólo resultarán incapaces de elaborar una concepción mínimamente propia, sino que acabarán trasladando su actitud de dependencia a la relación pedagógica, pues sólo en una relación activa de apropiación, e invención, puede hacerse frente a la conversión de los modelos en dogmas, y de las teorías en doctrinas”⁷. Yo desde el lado de acá, como diría Cortázar que usaba mucho esa expresión, de los estudiantes, tengo la sensación de una relación mayoritaria con algunos modelos y teorías como si se tratarán realmente de dogmas y doctrinas. ¿Cómo visualizas esa relación pedagógica desde un posgrado en comunicación que responda a los tres tipos de saberes –un saber qué, un saber cómo y un

6 Educación, medios de difusión y generación de conocimiento: hacia una pedagogía crítica de la representación. Revista Nómadas, _____
7 op. cit., p. 236.



[...] las condiciones sociales en que viven-estudian los alumnos marcan constitutivamente los modos de aprender, incluida la posibilidad de establecer distancia con la voz del profesor, con la de las teorías y las de los autores.

saber para qué— señalados por G. Orozco?⁸

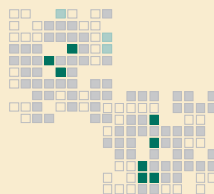
JMB: La conversión del saber en doctrina es algo que tiene que ver con la historia de nuestra formación catequética en países sociológicamente católicos, esto es en los que todos los saberes estuvieron influenciados por el dispositivo del catecismo, no en cuanto libro sino como forma del aprendizaje. Pero, de otro lado, la posibilidad de romper con el saber doctrinario, que es un saber reverencial—exigido de acatamiento ciego y mudo— se halla ligada a la construcción, o conquista, de una distancia entre el saber y la vida cotidiana. Y quien está totalmente presionado y atrapado en la realidad inmediata del vivir, o mejor del sobrevivir, tiene muy difícil el reflexionar. O sea las condiciones sociales en que viven-estudian los alumnos marcan constitutivamente los modos de aprender, incluida la posibilidad de establecer distancia con la voz del profesor, con la de las teorías y las de los autores. Pues de esas condiciones estructurantes del vivir hacen parte no sólo el hombre sino otras disposiciones o hábitos de las que ha hablado tan a fondo Pierre Bourdieu a propósito de los modos de relación con el lenguaje,

con el arte, etc.

Por otro lado, la relación profesor-alumno da lugar a muchos malentendidos. Hay, por ejemplo, profesores que parecen tolerantes, pero que no lo son, sino simplemente oportunistas, incapaces de exigir, pues ello implicaría que los alumnos también pudieran exigir, y es más fácil jugar al simulacro del que hablaba también Bourdieu: “Tu haces que crees que yo enseño y yo hago que creo que tu aprendes, y así esto funciona”, con lo cual el profesor se hace cómplice de la pasividad y el oportunismo de los alumnos. Y así también la universidad como espacio académico se hace cómplice tanto de los saberes doctrinarios como de los saberes de moda. Lo que nos lleva a una cuestión de fondo. Me refiero a la difícil situación en que coloca al profesor la imbricación contemporánea entre la incertidumbre intelectual y la pereza mental. Atención, que la pereza mental yo no se la estoy cargando a la juventud sino a nuestra sociedad. Pues la peor forma de la pereza mental es la de tanta gente que quiere hacerse rica pero en poco tiempo. Y como eso no es posible dentro de reglas mínimas, democráticas y éticas, entonces

válido es cualquier atajo: desde el engañar al sobornar, desde el trepar a costa de los otros hasta al eliminar al adversario. Del mismo modo que el conformismo más que una característica-en-sí de la juventud actual es la sensación heredada, el resultado de las muchas decepciones y frustraciones que les ofrecen los adultos.

Por eso es que las preguntas de fondo son el “para qué”. O sea, el “cómo” tiene que ver con un mínimo de capacitación y de honestidad de lado y lado, de los alumnos y de los profesores. El mínimo de honestidad es el que permite construir una relación productiva, esto es, fecunda y valiosa, de lado y lado. Entonces el “para qué” nos propone un “cómo”: el cómo hacer verdad esta relación que tiene tanto de simulacro y apariencia. Pero ese “para qué” es hoy enormemente confuso, incierto. Pues hay un “para qué” pura y duramente individual: para que te puedas ganar la vida bien, con calidad. Pero ¿se puede hablar de calidad de vida sin que haya un mínimo de socialización de esa calidad?, ¿sin un mínimo compartir de esa calidad? Y es entonces donde emerge la pregunta ética que entraña estudiar en comunicación: el



⁸ El comunicador frente a la “audienciación” contemporánea de las sociedades. Algunos desordenamientos educativos. Texto preparado para la publicación del Seminario Internacional de Comunicación, Madrid, mayo de 2003.

Si no estamos pensando el lugar donde se están cocinando los nuevos sentidos del lazo social, de la calidad de vida, de la creatividad cultural, no estamos en nada.

compartir que se halla en el fondo de todo comunicar no instrumental –no mera transmisión– y que se traduce en el poner en común el sentido.

Lo anterior me lleva a lo que ha sido la cuestión de fondo desde el comienzo de mi trabajo más reflexivo sobre la práctica docente en la Universidad del Valle. Pues allí pude escoger los profesores y construir un plan de estudios que, trastornando lo que era el estudio de la comunicación en Colombia: periodismo con adornos humanísticos– ponía a las Ciencias Sociales a pensar e investigar los procesos, los medios y las prácticas de comunicación. Y ello a la vez que en el terreno de la creación/producción me hacía cómplice de lo que mis alumnos deseaban y buscaban poder hacer, que eran cine y música. Aún así, un amigo de Cali me dijo al poco tiempo: “Estáis haciendo un programa plenamente racionalista, estos muchachos que de investigadores sociales tienen talante artista así que deberían cambiar el sentido de sus trabajos”.

Pregunta: Manuel Castells dice: “Cada modo de desarrollo se define por el elemento que es fundamental para fomentar la productividad en

el proceso de producción [...] En el nuevo modo de desarrollo informacional, la fuente de la productividad estriba en la tecnología de la generación del conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos [...] lo que es específico del modo de desarrollo informacional es la acción del conocimiento sobre sí mismo como principal fuente de productividad [...] denomino informacional a este nuevo modo de desarrollo, constituido por el surgimiento de un nuevo paradigma tecnológico basado en la tecnología de la información”⁹. Aunque definido históricamente por la reestructuración del modo capitalista de producción, ¿la sociedad de la información, del conocimiento, descrita por Castells no es al mismo tiempo un gigantesco imaginario social abierto a la investigación?

JMB: Sí, creo que en lo que más aporta este Castells último es en la nueva agenda que nos propone. Pues las preguntas están en otro lado, esto es conservan lo mejor de sus tiempos de estudioso de la utopía que pasa por movimientos sociales urbanos. Así, en el primer volumen –La sociedad red– recupera los orígenes anarquistas de esta revolución. Pues los que están

detrás de la Red como apuesta tecnocultural son gentes del ’68 y de San Francisco. Silicon Valley no está en California porque sí. Y hay una finta que hace Castells y es la siguiente: por un lado, la productividad en este nuevo modo de producción tiene que ver con la reflexión del conocimiento sobre el conocimiento, lo cual significa que la propia sociedad se convierte en un vasto campo de investigación como sujeto y no sólo como objeto. Y hay una recalificación de la investigación en términos de exigencia: investigar hoy no es investigar de cualquier cosa ni de cualquier manera. Si no estamos pensando el lugar donde se están cocinando los nuevos sentidos del lazo social, de la calidad de vida, de la creatividad cultural, no estamos en nada. Hay una transformación muy fuerte para reintroducir el pensamiento utópico allí donde aparentemente todo parecería convertirse en mera rentabilidad o usufructo del capitalismo, pues justo allí también hay yacimientos de energía social, reservas de imaginación y creatividad que hay movilizar.

Bogotá, entre enero del 2004 y abril del 2006

